

# Notas sobre la pérdida de la cantidad vocálica en latín

JOSÉ JAVIER ISO ECHEGOYEN

Que la cantidad vocálica fue fonológicamente distintiva en el latín arcaico y de época clásica, parece algo incontestable, como muy justamente señala Frank<sup>1</sup>, en la época de Plauto el herrero de cualquier aldea del Lacio se sabía su cantidad<sup>2</sup>

Que la cantidad vocálica —desde un plano funcional— dejó de ser relevante en latín está demostrado tanto por el testimonio de los gramáticos<sup>3</sup> como por los resultados románicos.

Ante un cambio lingüístico, es decir, ante el paso de un estado de lengua<sup>4</sup> A a otro B, parece natural preguntarse por las motivaciones del mismo, que admiten, al menos, estas dos formulaciones.

- a) ¿Cuál fue el factor que en latín provocó esta desfonologización?
- b) ¿Por qué fue posible este cambio?

Independientemente de que ambas cuestiones estén estrechamente relacionadas, si se responde a la primera que fue la confusión de timbres la causante de la pérdida de la correlación de cantidad, no se hace otra cosa que convertir una aparente respuesta en una nueva pregunta, es decir ¿por qué en una época determinada se operó una confusión de timbres vocálicos, cuando este rasgo fonético era —independientemente de la

<sup>1</sup> «Latin quantitative speech as affected by immigration», *AJPh* 45, p. 167

<sup>2</sup> Cf. igualmente el testimonio de Cicerón, en *De Orat* III, 196 «si paulum modo offensum est ut aut contractione brevius fieret aut productione longius, tota theatra reclamant». Es claro que Cicerón está hablando aquí de la cantidad vocálica y no de la silábica, pues, de lo contrario, no se entiende cómo podría abreviarse la primera sílaba de *fontem*.

<sup>3</sup> Vid., entre otros, los testimonios de Plocio Sacerdos (*GLK*, VI, 494) a fines del siglo III y de S. Agustín (*De doctr. christ.* 4, 10, 24)

<sup>4</sup> No está de más el recordar que los «estados de lengua» existen en las descripciones sincrónicas de una lengua, pero no en la realidad lingüística por éstas descrita, ya que la lengua no es un hecho, sino un hacerse (cf. Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia*, Madrid, 1973, p. 45). Y que no hay que confundir la sistematicidad, que pertenece al objeto, con la inmovilidad, que es propia de la proyección del mismo (Coseriu, *op. cit.*, p. 24)

cantidad— fonológicamente relevante<sup>5</sup> Y el acudir a factores externos como la inmigración, como señala Frank<sup>6</sup>, o la influencia del substrato (y adstrato) osco supone algo más que una falta de rigor científico<sup>7</sup>, representa una manifestación más —consciente o inconsciente— de esa beatería «clásica» que ha fetichizado «lo romano»: es la *Roma aeterna*, hipostasiada y desligada del tiempo y del espacio, que ha sido trasladada al campo de la lingüística latina, y del mismo modo que el Oriente corrompió lo genuinamente romano, la «lengua latina» —instrumento de esta maravillosa cultura— se degradó paulatinamente ante la invasión de los usos lingüísticos de los distintos pueblos itálicos, de los bárbaros, y, en resumen, de una soldadesca provincial por su origen y plebeya por sus gustos, incapaz de apreciar los encantos de la lengua de un Cicerón o un Virgilio y de aprovechar las sesudas enseñanzas de un Quintiliano<sup>8</sup>

No parece, por lo tanto, que la apertura de los tumbres vocálicos latinos dentro de su serie breve explique suficientemente el «por qué» de la pérdida de las distinciones cuantitativas en esta lengua, entre otras cosas, porque en los cambios lingüísticos (y los fonéticos lo son), no existen causas externas que condicionen «físicamente» a los hablantes<sup>9</sup>. En todo caso, debe hablarse más bien de tendencias latentes en el sistema, como ya señaló Meillet<sup>10</sup>

En cuanto a la segunda parte de nuestra pregunta, es decir, el por qué fue posible la pérdida de la correlación de cantidad, la respuesta —aun a riesgo de parecer perogrullesca— no puede ser otra que ésta: porque tal correlación de cantidad no era imprescindible para los usuarios del

<sup>5</sup> No funciona dicha oposición en sílaba interior abierta

<sup>6</sup> *Op cit*, pp 163 y ss

<sup>7</sup> En efecto, se elevan a la condición de *deus ex machina*, para explicar cambios de la lengua latina, hechos fonéticos de otras lenguas que a su vez quedan inexplicados. O, dicho de un modo más cortés, dichos factores externos serían en este caso la *Causa efficiens*, que es, según Aristóteles, ἡ ἀρχὴ τῆς μεταβολῆς

<sup>8</sup> Soy consciente de que estas palabras representan una exacerbación del problema, que nunca ha sido planteado en estos términos. Con todo, creo que hay que denunciar esta práctica, relativamente frecuente en algunas obras de lingüística latina (cf. la *Storia della lingua di Roma*, de Devoto), que tienden a presentar el latín como un instrumento de comunicación hecho para durar siglos y que, sin embargo, no pudo resistir el embate de «factores externos» (ruralismos, dialectalismos, substratos, contactos con los bárbaros, etc.) No hay que decir que esta visión agonal es totalmente inexacta, y, en cierto modo, infantil. Y que, tanto en la teoría como en la práctica, el latín —que no es otra cosa que una suma de las actividades lingüísticas concretas de una serie de generaciones de latínhablantes— ha sufrido a manos de algunos lingüistas un proceso de hipostatización que pretende desvincularlo tanto de sus usuarios como de su condición histórica.

<sup>9</sup> No hay que olvidar que en la actividad lingüística la intencionalidad y la libertad de los hablantes son componentes esenciales. Y que como ha señalado Coseriu (*op cit*, p. 212) tan peligroso es el fisicismo de los *Junggrammatiker* o el *Volkgeist* de los idealistas, como la mística del «sistema» o de la «estructura» (o la de la «estructura profunda», añadiría yo, por citar una de las más virulentas).

<sup>10</sup> *Linguistique historique et linguistique generale*, I, Paris, 1948, p. 9

sistema. En efecto, cuando algo se desecha es que no es necesario; lo que no quiere decir que lo que se sigue usando sea imprescindible<sup>11</sup>.

Lo que sí se puede hacer es intentar señalar cómo se pasó en latín de un sistema vocálico cuantitativo a otro en el que lo pertinente era tan sólo las distinciones de timbre. Pero antes de dar una posible respuesta —que solamente incide en un aspecto parcial de esta cuestión—, parece conveniente tratar brevemente de la cantidad y timbre vocálicos desde un plano general.

La cantidad vocálica sólo es percibida por los hablantes cuando en un mismo timbre dicha cantidad es capaz por sí sola de distinguir significados, dentro de un mismo contorno fónico.

Lo que acabo de decir necesita, sin embargo, de dos precisiones: una, en lo que se refiere a *un mismo timbre*; la otra, en lo que respecta a *...capaz por sí sola...*

En efecto, ocurre que el número de timbres vocálicos (es decir, de intersecciones de las coordenadas «apertura» y «localización») puede ser indeterminado en cualquier lengua desde un punto de vista fonético, aunque fonológicamente pueda ser inventariado en cada una de ellas; así, en el español tenemos cinco<sup>12</sup> y en inglés once<sup>13</sup>. O, dicho de otro modo, todos los posibles timbres vocálicos que los hablantes españoles normalmente pronuncian pueden englobarse en cinco zonas de la cavidad bucal, cada una de las cuales funciona respecto a su centro «ideal» como «margen de seguridad del fonema».

Del mismo modo, los sonidos vocálicos pueden ser —fonéticamente— de mayor o menor duración. Ahora bien, así como todas las lenguas poseen un sistema de fonemas vocálicos basados en el timbre<sup>14</sup>, la duración de las vocales no es fonológicamente pertinente en muchas lenguas, o lo es tan sólo parcialmente; así, frente al español, donde la cantidad vocálica es algo puramente fonético y condicionado principalmente por su posición respecto al acento<sup>15</sup>, otras lenguas han fonologizado en mayor o menor grado este rasgo fonético: el francés de un modo muy reducido<sup>16</sup>, más

<sup>11</sup> Es el caso de la expresión del género gramatical en español.

<sup>12</sup> Sin embargo, en el habla andaluza se ha fonologizado en ciertas posiciones la apertura o cerrazón dentro de cada uno de los timbres (con excepción de la *u*): [bjxenɛ] (*viene*) / [bjxenɛ] (*vienes*).

<sup>13</sup> Cf. D. Jones, *An outline of English Phonetics*, Cambridge, 1964 (9.ª ed.), p. 64.

<sup>14</sup> En efecto, no parece existir en la actualidad lenguas con una sola vocal (que, en consecuencia, sería un *schwa*).

<sup>15</sup> Aunque en español la vocal acentuada es de mayor duración que la pretónica o la postónica no-final, Navarro Tomás (*Manual de pronunciación española*, Madrid, 1967, 13.ª ed., p. 203) ha señalado que en esta lengua las vocales finales átonas son de mayor duración que las tónicas (sobre las diferencias del italiano a este respecto, cf. R. A. Hall, «The syllable in Italian phonology», *Linguistics* 67, pp. 27 y ss.).

<sup>16</sup> Cf. B. Malmberg, *La Phonétique*, París, 1971 (9.ª ed.), p. 88.

ampliamente el inglés<sup>17</sup> y totalmente el latín de época arcaica y clásica, donde la oposición larga/breve funciona en todos los timbres.

Se ha señalado que en las lenguas en las que la cantidad vocálica es funcional, la duración física de un fonema largo puede ser menor que la de otro breve: así, Meyer<sup>18</sup> ha señalado que la *i* larga dura 20,1 c./s., mientras que la *a* breve de *man* dura 22,4. En consecuencia, las diferencias cuantitativas se perciben en estas lenguas por parejas y dentro de un mismo timbre, es decir, que la condición para que exista una *a* larga en una lengua es que haya una *a* breve y no que aquélla sea físicamente de más duración que cualquier otra vocal.

Se ha observado asimismo que en las lenguas en las que se da la oposición larga/breve, las largas son tensas, cerradas y con tendencia a ocupar las posiciones extremas del eje anterioridad-posterioridad, mientras que las breves son relajadas, abiertas y ocupan zonas menos marginales de la cavidad bucal<sup>19</sup>. Pero entonces se plantea una cuestión: si en una lengua como el latín y en una época en la que las distinciones cuantitativas no han empezado siquiera a borrarse se da una oposición  $\bar{i}/i$  (esto es,  $\bar{i}/\bar{i}$ ), ¿nos encontramos ante una oposición multilateral del tipo *p/d*?; no, pues al ser las oposiciones entre los distintos timbres vocálicos de tipo gradual y no privativo, lo distintivo en una oposición  $\bar{i}/i$  será la cantidad y no la abertura, rasgo concomitante de aquélla, dado que la distancia entre sus respectivas zonas de articulación es menor que la que separa a cualquiera de ellos de los ocho fonemas restantes<sup>20</sup>.

En consecuencia, podemos decir que la oposición entre largas y breves será en una lengua tanto más estable cuanto más cercanas estén entre sí ambas series dentro de un mismo timbre. Y que una lengua como el letonio, que distingue entre vocales breves, largas y superlargas<sup>21</sup>, preci-

<sup>17</sup> Según D. Jones (*op. cit.*, p. 64), sólo cuatro timbres vocálicos ([i], [u], [ə], [ɔ]) presentan en esta lengua correlación de cantidad, mientras que los siete restantes quedan al margen de la misma.

<sup>18</sup> Ap. Malmberg, *op. cit.*, p. 87.

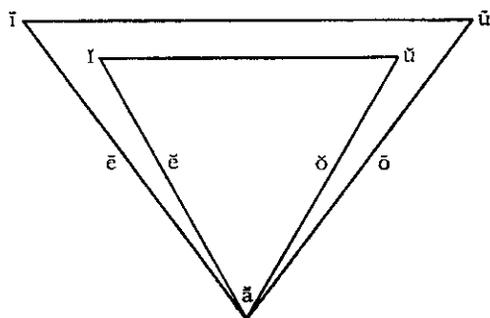
<sup>19</sup> Aunque esto es cierto para el latín o para lenguas modernas como el inglés o el alemán, hay que señalar sin embargo que esta tendencia no siempre se cumple; así, en griego antiguo εἰ [ē] era de timbre más cerrado que ε, pero también existía una η [ē], de timbre más abierto que la breve común; y en sánscrito los gramáticos señalaban que ā era cerrada (*saṃvṛta*) con relación a ā (*vivṛta*) (cf. W. S. Allen, *Phonetics in Ancient India*, Londres, 1953, pp. 57 y ss.).

<sup>20</sup> Es claro que cuanto más rica sea una lengua en número de timbres fonológicamente pertinentes y cuanto más asimétrica sea su posición dentro de la cavidad bucal, tanto mayor será la tendencia a ver en su sistema vocálico tan sólo diferencias de timbre y no correlaciones de cantidad. Así, el inglés, con quince fonemas vocálicos, es considerado por lo general (cf. nota 17) una lengua parcialmente cuantitativa; sin embargo, autores como H. Kurath (*A Phonology of Modern English*, Heidelberg, 1964, p. 18) opinan que las diferencias de timbre son más perceptibles que las de duración y que, en consecuencia, en tal lengua la cantidad vocálica no es pertinente.

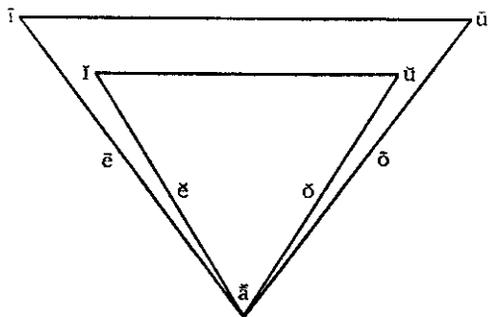
<sup>21</sup> Ap. V. Väinänen, *Introduction au latin vulgaire*, París, 1967, p.

sarí de esa vecindad de localización dentro de cada timbre en mayor medida que latín, donde tan sólo se oponen largas y breves

Y si admitimos que el diagrama del sistema vocálico latino durante el s. II y parte del I a. C era aproximadamente éste



hay que suponer que a partir de estas fechas las vocales breves cerradas (/i/, /u/) y posiblemente /e/, /o/ —aunque en menor grado—, se desplazaron simultáneamente hacia abajo y hacia el centro de la cavidad bucal, de suerte que en un momento dado su zona de articulación estaba más cerca de /e/ y /o/ que de /i/, /u/. Por consiguiente, se dio en latín un sistema vocálico que podríamos representar así:



La apertura de /i/ en /e/ y de /u/ en /o/ aparece ya documentada en los últimos tiempos de la República y en los comienzos del Imperio<sup>22</sup>, así, formas de inscripciones como *tribibos* (*tribubus*), *menus* (*mīnus*), *sob* (*sūb*), *colomnas* (*columnas*) o de transcripciones griegas (Λεπεδος, κομητιον, Δομετιος, Τεβεριος = *Lepidus*, *comituum*, *Domitius*, *Tiberius*) Claro que estas grafías no documentan otra cosa que la apertura de una vocal breve; es más: no parece imposible que en este momento se hubiese producido una correlación secundaria de cantidad entre /e/ < /i/ y /o/, y que se produ-

<sup>22</sup> Cf W S Allen, *Accent and Rhythm Prosodic features of Latin and Greek*, Cambridge, 1973, p 132

jeseñ nuevas oposiciones del tipo *lĕno* < *lĭno* / *lĕno* o *pōtare* < *pūtare* / *pōtare*, que no se limitarían a casos aislados, como los citados, sino que servirían para distinguir los genitivos de la 3ª declinación de sus nom-ac plurales (*ducēs* / *ducēs*), los presentes de los futuros en la conjugación temática (*scribēs* / *scribēs*)<sup>23</sup> y los nominativos singulares de la flexión temática de sus acusativos plurales (*dominōs* / *dominōs*)

Pero aun suponiendo que una oposición  $\bar{e} / \check{e}$  (< *i*) y  $\bar{o} / \check{o}$  (< *ũ*) se haya producido en cierto momento de la historia del latín<sup>24</sup>, no hay que inferir de ello un reforzamiento de la correlación de cantidad vocálica, sino todo lo contrario. En efecto, desde el momento en que *i* tendió a pasar a *e* y *ũ* a *o*, lo que es evidente es que la doctrina vocálica dejó de ser fonológica para los timbres *i*, *u*. Y si admitimos una oposición  $\bar{o} / \check{o}$ ,  $\bar{e} / \check{e}$ , entonces también quedan fuera de la correlación de cantidad las antiguas  $\check{e}$ ,  $\check{o}$  (abiertas)

Como puede verse, este sistema vocálico que pudo haber existido en latín, con cuatro grados de apertura, conserva la correlación de cantidad tan sólo en el timbre más abierto (*a*) y de un modo precario en el semicerrado (*e*, *o*), mientras que la ha perdido en los cerrados (*i*, *u*) y semiabiertos (*e*, *o*). A mi juicio, era mucho más grave la pérdida de la correlación de cantidad en los timbres *i*, *u* que en *e*, *o*, por ocupar aquéllos dos de los tres vértices en el triángulo vocálico, en efecto, desde un plano teórico parece más estable un sistema vocálico con correlación de cantidad en los tres vértices del triángulo y con grados intermedios de abertura indiferentes a tal rasgo, que lo contrario. Así, el sánscrito, que mantuvo una oposición cuantitativa en los timbres *a*, *i*, *u*, poseía unos timbres *e*, *o*, al margen de dicha oposición<sup>25</sup>

<sup>23</sup> Una razón más —junto a la confusión entre *b* y *v*— para la eliminación en el latín tardío del futuro sintético. Sin embargo, cf Coseriu (*op cit* en nota 4), pp 157 y ss

<sup>24</sup> Resulta difícil establecer el alcance geográfico de estas innovaciones, así como su penetración en las distintas capas sociales, igualmente aventurado parece señalar una fecha en la que algunos de estos fenómenos se han generalizado. Dejando a un lado los testimonios de Pompeya —y no porque no sean seguros en su materialidad, sino porque la significación misma de Pompeya es un tema harto polémico, que supone a veces concepciones bien diferentes de la Historia del Latín—, los testimonios de Velio Longo (*GLK* VII, 49) sobre el carácter abierto de *i* y de Terenciano Mauro (ap Pompeyo *GLK* V, 102) respecto a la confusión de  $\bar{e}$  e  $\check{e}$  parecen indicar que a finales del siglo II d C el sistema cuantitativo latino estaba seriamente dañado

<sup>25</sup> Aunque  $\bar{e}$ ,  $\check{o}$  en sánscrito sean el resultado de diptongos y hayan sido tratados como tales en un principio, posteriormente fueron considerados como vocales (cf A Thumb, *Handbuch des Sanskrit*, Heidelberg, 1905, p 42 « $\bar{e}$  und  $\check{o}$  werden zwar von den Indern nach ihrer Entstehung als Diphthonge betrachtet, lauteten aber schon seit den Prātisākhya wie *e* und *o*»). En cuanto a la cantidad larga de estas vocales, se debe sin duda al carácter extremadamente conservador de esta lengua escrita, pues —como ya hemos señalado— en una lengua hablada no es posible mantener unos fonemas  $\bar{e}$ ,  $\check{o}$ , sin que a su lado existan  $\check{e}$ ,  $\check{o}$

Pero volvamos al latín dejando a un lado los timbres *i*, *u*, al margen de la oposición larga / breve, *e*, *o* —igualmente al margen—, se oponían a  $\bar{e}$ ,  $\bar{o}$ , en lo mismo que a  $\check{e}$ ,  $\check{o}$ , es decir, en el timbre y no en la cantidad. Parece natural, pues, que esta posible oposición cuantitativa ( $\bar{e}$  /  $\check{e}$ ;  $\bar{o}$  /  $\check{o}$ ) desapareciese dando lugar a dos fonemas tan sólo caracterizados por su timbre: *e* y *o*. La distinción se perdió asimismo en el timbre *a*, por ser el único que la mantenía.

Ésta ha debido de ser, en líneas generales, la evolución del sistema vocálico latino en cuanto a la pérdida de la cantidad y la aparición de nuevos timbres. Sin embargo, hay que anotar otras tendencias y otros fenómenos:

En primer lugar, una tendencia de las vocales largas de timbre medio a cerrarse; así:  $\bar{e} > i$ ,  $\bar{o} > u$  (*fēlix* > *fulix*, *pōnere* > *punere*)<sup>26</sup>. Es posible que este fenómeno sea posterior a la desfonologización de  $\bar{e}$  /  $\check{e}$  (< *i*),  $\bar{o}$  /  $\check{o}$  (< *u*), lo que explicaría los resultados del siciliano y calabrés, dialectos en los que  $\bar{e}$ ,  $\bar{i}$ ,  $\check{i} > i$  y  $\bar{o}$ ,  $\check{o}$ ,  $\check{u} > u$ <sup>27</sup>.

Un fenómeno que no llegó a generalizarse, que consistía en que  $\check{e}$  y  $\check{o}$  se cerrasen respectivamente en *i* y *u*<sup>28</sup>, quizá estuviese basado más en criterios de falsa corrección (frente a  $\check{i} > e$  y  $\check{u} > o$ ) que en hechos fonéticos reales.

En ciertas zonas del Imperio la tendencia a abrir el timbre de las vocales breves cerradas se ha producido en la zona anterior de la cavidad bucal, y no en la posterior, más estable. Esto parece haber ocurrido en rumano, lengua en la que  $\check{i}$ ,  $\bar{e} > e$  y  $\check{e}$  *e*, mientras  $\bar{o}$ ,  $\check{o} > o$  y  $\bar{u}$ ,  $\check{u} > u$ , lo que no ha impedido que en la serie posterior se perdiese la distinción cuantitativa, por haberse perdido en la anterior.

En líneas anteriores hemos señalado que  $e < \check{e}$  no tuvo probablemente su correspondiente vocal larga; sin embargo, sabemos que el diptongo *ae* monoptongó en *e*, presumiblemente larga, ¿quiere decir esto que pudo darse una oposición  $\bar{e}$  /  $\check{e}$  del tipo *quēro* (*quaero*) / *quēro*<sup>29</sup>, *ēdes* (*aedes*) / *ēdes*, *ēris* (*aeris*) / *ēris*? Probablemente, no, y esto basándonos en ciertos resultados románicos, en efecto, *ae* debió de monoptongar en  $\bar{e}$  y *oe* en  $\bar{e}$ , pero en una época anterior al desplazamiento de timbre de las vocales históricas, por lo que —al no tener su correspondiente breve— perdieron su carácter de fonemas largos, ni siquiera sus timbres abierto y cerrado (respecto a  $\check{e}$  y  $\bar{e}$ ) llegaron a estabilizarse<sup>30</sup>, realizándose en ocasiones *ae*

<sup>26</sup> Cf Vaananen, *op cit*, p 36 y L Rubio-V Bejarano, *Documenta ad linguae latinae historiam illustrandam*, Índices

<sup>27</sup> H Lausberg, *Linguística Románica*, I, §§ 156-62, Madrid, 1966 (ed esp)

<sup>28</sup> Cf Rubio-Bejarano, *op cit*, Índices

<sup>29</sup> Se da por supuesto que en esta época y a un nivel popular el uso de los deponentes (*queror*) era prácticamente inexistente

<sup>30</sup> En efecto, no hay que olvidar que en una época en la que el sistema cuantitativo latino permanecía intacto, una  $\bar{e} < ae$  no podía integrarse sin más en el sistema, pues lo contradecía en algunos de sus rasgos (es decir, larga = cerrada, breve =

como *e* (*saep̄tum* > esp *seto*, *faecem* > esp *hez*, *saeta* > esp. *seda*, *caesp̄tem* > esp *césped*) y *oe* como *ę* (*foetet* esp. *huede*)<sup>31</sup>. Compárese a este respecto la forma *fenum* (por *faenum*), atestiguada por Varrón<sup>32</sup> y que en español da *heno*, así como la sustitución en Pompeya de *ē* por *ae* (*aegisse*) y de *ě* por *ae* (*vicinae* por *vicině*)

---

abierta) Y a pesar de que en los resultados de *ae* predominó el timbre sobre la cantidad, en ejemplos como los que a continuación se citan prevaleció la cantidad larga

<sup>31</sup> El paso de *oe* > *ę* es difícil de explicar, pues en este caso el resultado esperado (tanto por el timbre como por la cantidad) es *e* ¿Estamos ante una analogía con los resultados anómalos de *ae* (es decir, así como *ae* > *e*, *oe* > *ę*)? Es difícil asegurarlo. En Ernout-Meillet (*Dictionn Etymol s u foeteo*) se sugiere que aquí, como en otros casos, *oe* sería una falsa grafía de *ae*, en el caso de que esto fuese cierto, sería una prueba más de que la monoptongación en latín es un fenómeno más antiguo de lo que se cree

<sup>32</sup> *L L*, VII, 96